

Després d'una extensa aproximació a la biografia i carrera artística de Liszt, Antoni Fargas analitza el primer concert ofert per aquest pianista als salons de la Societat Filharmònica de Barcelona el dia 7 d'abril de 1845. Revisa les obres que van ser interpretades en aquesta vetllada musical, i en comenta les principals característiques tècniques.

[Diario de Barcelona, 10 d'abril de 1845, pp. 1367-1370]

"PRIMER CONCIERTO DEL SR. FRANZ LISZT EN EL SALON DE LA SOCIEDAD FILARMONICA. No sin desconfianza tomamos la pluma pa-ra ocuparnos del hombre de una fama universal, que ha causado una revolución en el piano, por su ejecución prodigiosa; que no conoce rival para inventar y vencer toda clase de dificultades y por ser el más atrevido y fogoso de sus contemporáneos; de ese artista que después de largos años de triunfos recogidos en Francia, Italia, Alemania e Inglaterra, ha venido por fin a la Península a robustecer los laureles conseguidos en su dilatada y gloriosa carrera, tocando ya a la cumbre de su gloria, a esa soberanía del genio, que sólo alcanzan los talentos privilegiados, guiados por la antorcha sagrada con que Dios ilumina el espíritu de los grandes artistas. Pero antes de entrar en los detalles del concierto que nos ha movido a trazar este artículo, juzgamos a propósito hacer un resumen biográfico del eminente artista que es hoy día la admiración del público filarmónico de esta capital, seguros de que no disgustará a nuestros lectores las noticias que de su vida vamos a darles.

Franz Liszt nació en octubre de 1811 en Reding, lugar de Hungría. Su padre Adam Liszt fue un músico distinguido en algunas especialidades del arte sobre todo en piano, en cuyo instrumento hubiera podido hacerse célebre por su notable talento de ejecución a no haber tenido otra carrera pero quiso conservar una vida retirada reservando para su hijo Franz toda su ambición, pues que en él había fundado todas sus esperanzas. Decíale a menudo:

"hijo mío, en ti se realizará el artista ideal, cuya imagen fascinó a mi juventud. Mi genio abortado fecundará en ti quien quiero rejuvenecerme y continuarme." A la edad de seis años, el joven Franz manifestó grandes disposiciones para la música, y emprendió entonces el estudio del piano bajo la dirección de su padre. Apenas tenía nueve años cuando tocó por primera vez en público en Odemburgo; y a pesar de haberle atacado una fuerte calentura al comenzar el concierto, ejecutó con extraordinaria serenidad uno de Ries y una fantasía original que improvisó en el acto, excitando un entusiasmo grande y universal. El joven Franz estudió por algunos años con un ardor sin igual en el piano, hasta que su padre, a fin de mejorar su educación música, lo llevó a Viena donde continuó sus estudios bajo la dirección del célebre pianista Czerny, quien muy luego le dió por testo las mejores obras de Beethoven y Hummel, venciendo fácilmente sus dificultades.

Durante los diez y ocho días que F. Liszt estuvo bajo la dirección de Czerny fue tal el efecto que este le cobró, que no quiso recibir la suma concertada con el padre del discípulo por las lecciones que le dió, diciéndole: "que el talento de este y sus maravillosos adelantos le compensaban suficientemente de todos sus desvelos." Terminados sus estudios con Czerny dió un concierto, por lo cual todos los principales artistas de Viena predijeron al joven y precoz pianista una carrera gloriosa; pues que tocaba ya a primera vista los conciertos más difíciles.

En el año 1823 Adam Liszt llevó su hijo a Paris con el intento de hacerle entrar en el conservatorio para poder continuar el estudio de composición con el sabio Cherubini, pues que sólo tomó en Viena algunas lecciones de Salieri; pero no pudo lograr sus deseos a pesar de las recomendaciones del príncipe Metternich, porque la calidad de extranjero vedó al joven Franz la entrada a aquel establecimiento. Empezó de nuevo Liszt su carrera de pianista presentándose a dar algunos conciertos en el teatro de la grande ópera causando placer y asombro a la vez a cuantos le oyeron; pues las piezas más difíciles eran un juego

para Franz, quien improvisaba ya de un modo tan admirable que era fácil prever donde había de llegar su talento. El año siguiente Adam y Franz Liszt partieron para Londres, donde el joven pianista tuvo una acogida no menos brillante que la obtenida en Paris, donde volvió en setiembre del mismo año, moderando algún tiempo sus estudios en el piano, en cuya perseverancia había continuado hasta entonces, para dedicarse a la composición que emprendió seriamente con el acreditado maestro Reicha; y en el año 25 instigado Franz por su padre compuso varias sonatas, fantasías y variaciones para el piano y una ópera titulada Don Sancho, o el Castillo del amor que se representó en el teatro de la Academia Real de música y que tuvo buen éxito a causa del vivo interés con que miraba el público de la capital de Francia los adelantos del joven artista. El año siguiente recorrió Francia, siendo sus conciertos una serie consecutiva de triunfos. Siguió después la Suiza, volvió a Londres y perdió su padre en Boloña. Así que hubo calmado en el joven Franz la sensación profunda que le causó la muerte de su padre, comenzó a desplegar más y más sus facultades y a dirigir su marcha artística a su albedrío.

Sin embargo, Liszt estuvo algún tiempo sin proyecto ni plan fijo, sumergido en una vaga incertidumbre de que le salvó el amor a su arte, que fijando luego en su mente la idea de asegurarse un porvenir brillante y provechoso, renovando como hombre los laureles que había obtenido cuando niño. Emprendió pues de nuevo el estudio del piano con una voluntad decidida sin que jamás sus manos retrocediesen en vista de las dificultades más colosales a fin de penetrar y vencer todos los secretos que pretendía encontrar en el poderoso instrumento; e hizo una vida sumamente retirada absteniéndose por algunos años de tocar en público. Durante este tiempo una enfermedad grave y de larga convalecencia interrumpió a Liszt en lo mejor de sus estudios y contribuyó a despertar en él la tendencia religiosa de su espíritu. En esta segunda época de sus estudios corrigió el gran pianista la primera manera o estilo de su ejecución, que conoció ser algo equivocada y que se dirigía a

un camino algo extraviado; apartándose de él y abjurando de sus errores pasados. Desde entonces, presentando Liszt más gusto a sus composiciones y siendo cada día mayor su habilidad, empezó a recibir el arte de tocar el piano uno de los mayores impulsos con su poderosa y fantástica ejecución.

Después de haberse ocupado Liszt por largo tiempo de su arte, de la filosofía y de la literatura, habiéndose engrandecido con estos estudios su talento a pasos agigantados, apareció de nuevo en el gran mundo con la misma jovialidad y elegancia que antes, y emprendió otra vez sus viages artísticos que han sido una continua serie de triunfos y ovaciones en todas las capitales de Europa y las principales poblaciones de ella, que ha recorrido como un meteoro, dejando en todas partes ráfagas de su brillante genio. En Italia fue recibido con grande aclamación; en Alemania fue paseado por las calles del triunfo; en Hungría, su país natal, se le hicieron los honores de un rey; en Inglaterra y Rusia a más de las grandes ovaciones, su talento fue premiado con grandes sumas, Algunos soberanos de Europa le han conferido títulos de nobleza y condecoraciones ilustres, sin que haya sido de los que menos han premiado sus talentos las jóvenes reinas de España y Portugal en cuyas capitales fueron admirados los prodigios de su genio y aplaudidos de modo que nadie ignora.

No nos ocuparemos por hoy de Liszt como compositor, y nos limitaremos a dar cuenta del coloso pianista. Apenas hacía tres días que este se encontraba entre nosotros ya el público filarmónico ansiaba por oírle. Llegó por fin la noche del 7 anunciada para su primer concierto en el grande salón que la Sociedad filarmónica había tenido la fina atención de ofrecer al señor Liszt cuatro meses hacía. Levantábase en el centro del salón y a cuatro palmos del pavimento un espacioso entarimado, sobre el cual estaban puestos contrapeados dos hermosos y soberbios pianos de la acreditada fábrica de los señores Boiselot de Marsella en los que debía tocar alternativamente el mismo Liszt. Apenas sonó la hora señalada, cuando apareció éste en el salón, quien no fue bien visto de la brillante concurrencia que

llenaba aquel espacioso lugar cuando exclamaron unánimes gritos de viva Liszt y que no cesaron hasta quedar este sentado en el piano. Un general silencio sucedió entonces a los vítores, y empezó el célebre artista con la grandiosa sinfonía de **Guillermo Tell**, cuyo primer andante preparó a los espectadores para lo que habían de sentir en el segundo tiempo, donde el grande pianista empezó a dar a conocer la pujanza de su brío que substituyendo al ronco chillido de los clarines, al monótono movimiento de las cajas, al pesado y grave de los contrabajos, no ya los armoniosos sonidos del piano, sino el rechinar de los vientos, el estallido del trueno, el murmullo de la lluvia, el furor de la tempestad y cuanto de fantástico encierra la música. En el segundo andante dijo con la mayor limpieza y claridad el cantábil principal del corno inglés con el bellissimo floreo de la flauta, bajo los dedos de Liszt, sin que faltase al mismo tiempo una sola nota de la armonía que sostienen las cuatro trompas en el spartito ni el pizzicato del instrumental de cuerda. Llegó el último allegro al que dió Liszt movimiento vivísimo, sin duda para hacer resaltar más la dificultad de la ejecución, dejando percibir en ella toda la complicación instrumental del inmortal compositor con una perfección y claridad imponderables; en términos que creciendo por grados el entusiasmo que iba excitando en el público apenas pudo Liszt dar fin a la sinfonía sin que estallasen estrepitosos y espontáneos aplausos que sufocaron los fuertísimos sonidos del piano. Si Rossini supo traducir de un modo digno y admirable en su lenguaje el gran poema de Schiller, nos atrevemos a decir que tal vez Liszt es el único que ha interpretado el corto pero no menos grande compendio que de él hizo aquel compositor.

En la fantasía sobre motivos de la **Sonnambula**, ostentó el señor Liszt un prodigio de fuerza y habilidad con las dificultades vencidas de que hizo gala; pues sobre el limpio y tierno cantábil de Bellini se destacaba continuamente un fuerte y prolongado trino hecho con los dedos cuarto y quinto de la mano derecha, que ya menguaba hasta llegar a lo imperceptible o ya lo acrecentaba hasta producir todo el volumen e intensidad de voz de que es

susceptible el instrumento. Así mismo ejecutó el difícil y doble trino ora ligado, ora martellato con todos los dedos alternativamente y con ambas manos a la vez con grande colorido y justificación. En las variaciones de bravura echóse de ver otro género de dificultades, como, una rápida y casi imperceptible sucesión de octavas y décimas tan-to ligadas como destacadas ya "gradatim" ya saltadas; y en la gran galop cromática se conoció el completo dominio que tiene el señor Liszt del teclado, que recorrió con una velocidad y soltura en esta pieza que bien podría llamarse del género enarmónico.

La prodigiosa ejecución del señor Liszt no se explica, porque aun viéndola, casi no se comprende, sino que pasma y extasía. ¿Quién es capaz de distinguir el movimiento de sus manos de hierro en los pasos de bravura y aquel torbellino y martilleo de sus dedos nerviosos al par flexibles y elásticos que arremolina a su gusto y aquel su modo de arpeggiar sin fin y en diversos sentidos que no se define, pues que sólo será capaz de alcanzarlo un talento privilegiado como el suyo ayudado de largos años de un continuo y porfiado estudio?

No arrebató menos el justamente llamado rey de los pianistas al contemplar su aspecto durante la ejecución que por lo maravilloso de ella; porque si en los pasos de expresión y sentimiento a pesar de la sonrisa que se asomaba a sus labios arrancaba lágrimas de ternura, en los momentos de bravura era de ver aquella frente despejada y serena como se inundaba de un ardore y entusiasmo artístico que cual fluido eléctrico se difundía hasta la extremidad de sus dedos poniendo en tortura a cuantos les oían y observaban.

Al terminar el eminente Liszt el concierto reprodujéronse los innumerables aplausos que se conquistó en cada pieza; y si el público no tuvo el placer de oírle repetir la última, como pidió a grandes voces, no se debe atribuir a poca condescendencia del gran pianista, pues que en los intermedios dió repetidas muestras de humildad, amabilidad y sencillez, sino al calor que se experimentaba en el salón, el cual y la fuerza de trabajo hacían que el señor Liszt sudase a mares. El señor Ciabatti gustó y fue aplaudido en las dos arias que cantó con

expresión, luciendo su simpática voz de barítono.

El público entusiasta se retiró sin saber expresar lo que había oído, ni la emoción que supo causar el admirable Liszt, quien a su vez no pudo disimular la de su corazón en medio de un triunfo tan completo y brillante. Y tu, incomparable artista, perdónanos si con rudo pincel hemos tenido la osadía de hacer un pálido bosquejo de su talento, después que brillantes plumas han consagrado más de una página a tu genio."